

Isaac Penington

Tocante el misterio de vida y el misterio de la hermandad

Dios está escondido del hombre mientras se queda en su condición pecaminosa y caída; nadie puede descubrir o conocer a Dios sino cuando a él le place revelarse por medio de su propio Espíritu bendito. Y como Cristo es el imagen de Dios, tampoco se puede conocer ni confesarlo, ni llamarlo Señor, mientras no se hace en y por ese mismo Espíritu. — 1 Corintios 12:3. Cristo no se puede conocer ahora, sino en el mismo Espíritu; en su propia gracia y verdad, en una medida de su propia vida. Los muertos no pueden conocerlo; sólo lo conocen los que son sus ovejas, los que son revivificados y redivivos por él. Esta vida es un misterio; nadie puede comprenderla sino los que participan en ella. ¿Es posible que un hombre que está naturalmente muerto pueda saber lo que significa la vida natural? De la misma manera un hombre que está espiritualmente muerto no puede saber lo que significa la vida del Espíritu. El hombre natural puede obtener las palabras que vienen de la vida, y proclamarlas, y decir palabras magníficas sobre la fama de la sabiduría y de sus hijos; pero la cosa en sí está escondida de todos ellos. ¡O! estrecha es la puerta por donde entra el nacimiento, la vida espiritual, por la que ningún otro puede entrar. Los sabios y prudentes conocedores y buscadores de la carne y de las Escrituras, según pueden imponerles significados y entenderlas, quedan excluidos en toda época; pero hay un niño, nacido de la verdad desnuda, nacido de la sencillez pura, que Dios permite entrar, mientras los hombres lo desdeñan y lo menosprecian.

Y la hermandad de los Santos está en la vida, y en la luz, que constituyen este misterio. La hermandad no es exterior, sino interior. Todos los que se reúnen en el lugar exterior no están en la hermandad, ni en la adoración; sólo lo están los que se reúnen en la vida y espíritu interior. "Los que al Padre adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren."¹ Mira, he aquí la adoración, he aquí los que adoran; los que están en el espíritu, en la verdad, los que se reúnen en el espíritu, en la verdad, éstos son los que se reúnen en un solo lugar espiritual. Por lo tanto no reconocemos a ningún hombre según la carne, a ningún hombre según la apariencia; sino en el recto juicio del espíritu, sólo reconocemos aquellos que son

¹ Juan 4:24

del espíritu. De verdad somos tiernos para con cualquiera en quien exista el más mínimo comienzo de la obra de Dios en el corazón, aún cuando no haya más que convicción de entendimiento. Los que reconocen nuestro principio en palabras o en apariencia externa, éstos no son de nosotros, sino sólo lo son los que han sido cambiados en el corazón por medio este mismo principio. Ciertamente es que algunas personas pueden andar entre nosotros y después apartarse, que nunca pertenecían a nosotros como en los días de los Apóstoles; tales nunca estuvieron con nosotros en la hermandad de vida, no pudimos jamás reconocerlos ante el Señor como personas nacidas de él. Sin embargo estuvimos dispuestos a desear y esperar su bienestar, para que pudiesen llegar a experimentar el nacimiento verdadero. De éstos surgen las ofensas, de aquellos que se apartan sin nunca haber estado verdaderamente injertados, también de las caídas de aquellos que no se fijan en lo que preserva.

¡Ay del mundo por las ofensas que han de venir sin poder evitarlas! Porque a las personas que van a ser aprobadas por el Señor, ¿no es necesario que algo pase en ellas para que sean manifiestas? Y cuando son manifiestas, el ojo del mundo se ofende, y el mundo tiende a echar culpa y reproche a la misma verdad, por causa de esas personas. Bendito es el ojo que penetra el misterio, que ve la vida misma donde no hay ofensa. La Verdad es única y siempre lo mismo.

Si el Señor ha instruido a un hombre, y le ha abierto los mismos ojos que les abrió a otros, y lo ha llevado a la unidad con la Iglesia y a la conformidad con las prácticas que el Señor le ha enseñado a la Iglesia; si después ese hombre deja entrar otro espíritu, y abandona esas prácticas, y juzga a la misma iglesia por continuarlas -- ¿no puede la iglesia dar testimonio a ese hombre, amonestándolo por haberse descarriado de su guía, y por haber perdido la luz que mora dentro de él, y darle testimonio que por lo tanto yerra en su juicio de sí mismo y de la iglesia de Dios? Ésta ha sido la condición de algunos que se apartaron de nosotros antes, y puede ser la condición de algunos que se apartan de nosotros ahora. Igual que hay algunos que recogen a la iglesia verdadera, también hay otros que tratan de desparramarla y de causar que todos vuelvan la cabeza en su contra como si no fuera de Dios, como si fuera apóstata del Espíritu y el principio de la Verdad -- condición propia de ellos mismos en los ojos de Dios.

El enemigo es muy alerta y sutil, e Israel siempre está en peligro, tanto en pobreza

como en riqueza, pero el peligro más grande está en las riquezas porque ahí es donde el hombre tiende a olvidarse de Dios, y a perder parte de ese sentido de dependencia que mantiene el alma baja y segura en la vida, y también tiende a permitir que se le cuele algo de exaltación, que pronto empieza a corromper y a traicionarlo. *El corazón que se enaltece en cierta medida, en esa misma medida deja de ser recto ante el Señor.* Que todos sientan esto, y esperen ser preservados, y oren por los que son más hermoeados por la vida con dones y capacidades; porque es en este respecto y en tal momento que su peligro llega al máximo. Cuando Israel está pobre, bajo, débil, trémulo, y no ve ningún mérito ni hermosura en sí mismo, sino que depende de la simple misericordia y las tiernas entrañas del Señor en el pacto de balde de su amor, entonces Israel queda seguro. Pero cuando recibe el ser de la vida, y este ser está ricamente adornado con los ornamentos de la vida, y llega a tener poder en su mano para usarlo, entonces está en más peligro de pensar que es algo por sí mismo, y de olvidar a quien lo formó. Tiende a usar sus dones sin sentir al Dador tan inmediato como lo sentía en su condición débil y trémula; y de esta forma se sale de esa condición humilde, tierna, rebajada, contrita, de ese temple de espíritu en el que quedaba preservado.

Fuente:

The Light Within and Selected Writings.

Philadelphia: The Tract Association of Friends, 1998. Pp. 32-35.